

Siglo XX

Siglo XX pretende rescatar textos que nos parecen valiosos y que pertenecen a un pasado no tan lejano.

Porque muchas cosas ya han sido dichas y volver la mirada hacia ellas es una manera de reconocer su actualidad y homenajear a sus creadores, intelectuales inconformistas con su tiempo, que supieron mirar más allá de las caducas ideas del momento.

¿Son los niños los mejores críticos literarios?

Los niños son los mejores lectores de auténtica literatura. Los mayores se encandilan con los grandes nombres, las citas exageradas o la gran presión de la publicidad. Los críticos, que están más preocupados de la sociología que de la literatura, han convencido a millones de personas de que si una novela no intenta desencadenar una revolución social no tiene valor. Cientos de profesores, que escriben comentarios sobre escritores, tratan de inculcar a sus alumnos que únicamente aquellos autores que necesitan comentarios rebuscados e innumerables notas a pie de página son los auténticos genios creadores de nuestro tiempo.

Pero los niños no sucumben ante opiniones de este tipo. Todavía les gusta la claridad, la lógica y hasta aspectos tan obsoletos como la puntuación. Más aún, el joven lector pide una historia real, con un principio, un desarrollo y un final, siguiendo el estilo de las narraciones que se han venido contando a lo largo de miles de años.

En nuestros días, en que se ha olvidado el arte narrativo, que ha sido reemplazado por una sociología de aficionados y una psicología manoseada, el niño sigue siendo aquel lector independiente que sólo confía en su propio criterio. Nombres y autoridades no significan nada para él. Mucho después de la desintegración de la literatura para adultos, los libros para niños constituirán los últimos vestigios del arte narrativo, la lógica, la fe en la familia, en Dios y en el auténtico realismo.

Cuando me siento a escribir un cuento, antes que nada debo tener un tema o asunto real. No se puede escribir para los niños lo que algunos críticos llaman “un trozo de vida”. Lo cierto es que los llamados “trozos de vida” resultan aburridos incluso para los adultos.

También debo sentir un fuerte deseo o pasión por escribir una historia. A veces tengo el tema, pero, no sé por qué, no la compulsión de tratarlo. He anotado cientos de temas que nunca utilizaré porque realmente no me interesan.

Finalmente, debo tener la convicción –o al menos la ilusión– de ser el único capaz de escribir esa historia determinada. Tiene que ser mi historia. Deberá expresar mi individualidad, mi carácter, mi manera de ver el mundo.

Si estas tres condiciones están presentes, escribiré un cuento. Y da lo mismo si escribo para niños o para adultos.

Algunos libros malos carecen de estas tres condiciones. Carecen de una historia

Isaac Bashevis Singer

“El niño sigue siendo aquel lector independiente que sólo confía en su propio criterio”



Javier Sáez Castán. *El valiente soldadito de plomo*. Anaya, 2004

que narrar, están desprovistos de pasión y no tienen un vínculo real con el autor.

Como a los niños les gusta la claridad y la lógica, se preguntarán cómo es posible que pueda escribir acerca de lo sobrenatural, que, por definición, no es ni claro ni lógico. La lógica y el “realismo” como método literario son cosas diferentes. Se puede ser realista muy ilógico y un místico sumamente lógico. Los niños, por naturaleza, se inclinan al misticismo. Creen en Dios, en el demonio, en los buenos y en los malos espíritus, y en todas las formas de magia. No obstante, exigen que una historia tenga auténtica consistencia. A menudo la religión tiene una gran lógica y el materialismo muy poca. Quienes sostienen que el mundo se creó a sí mismo suelen ser personas que no tienen ningún respeto por la razón.

Resulta trágico que muchos escritores que menosprecian las narraciones sobre lo sobrenatural escriban –para los niños– cosas que sólo constituyen un auténtico caos. Son libros para niños en los que una frase no tienen nada que ver con la siguiente. Los hechos ocurren arbitrariamente, al azar, sin guardar conexión con la experiencia o las ideas infantiles.

Ese tipo de literatura no sólo no entretiene a un niño, sino que altera su modo de pensar. A veces tengo la impresión de que los autores de libros infantiles llamados de vanguardia intentan ir preparando al niño para la lectura de *Finnegans Wake*, de James Joyce, o algún rompecabezas cuya explicación proporciona tanto placer a los profesores. En vez de enseñar a pensar, ese tipo de literatura invalida la mente infantil. Por decirlo de alguna manera: sí a lo sobrenatural; no al sinsentido.

El folclore desempeña un papel importante en la literatura infantil. La tragedia de la literatura adulta es que se ha divorciado completamente del folclore. Muchos escritores modernos han perdido sus raíces. No pertenecen, ni quieren pertenecer, a ningún grupo diferenciado. Temen que les critiquen su espíritu de clan, su nacionalismo o chovinismo.

En efecto, no existe una literatura sin raíces. No se puede escribir buena ficción acerca del hombre en general. En la literatura, como en la vida, todo es específico. Todo ser humano tiene unas señas reales y otras espirituales. Y si es cierto que en cier-

tas fábulas el lugar específico no es necesario, incluso superfluo, también lo es que no toda la literatura es una fábula. Cuanto más arraigado en su entorno esté un escritor, cuanto más lo comprenda su pueblo, cuanto más nacional sea, más internacional será a la vez.

Cuando comencé a escribir los cuentos de la colección *Zlateh, la cabra*, sabía que esos cuentos no sólo los leerían niños judíos, sino también niños gentiles. Describí niños judíos, sabios judíos, tontos judíos, novios judíos, novias judías. Los sucesos que relataba no se habían desarrollado en tierra de nadie, sino en los pueblos y aldeas que conocí tan bien y donde me crié. Mis santos eran santos judíos, y mis demonios, demonios judíos. Y este libro ha sido traducido a muchas lenguas.

Muchos de los libros para niños de nuestros días carecen de color local, de encanto étnico. Los autores tratan tan intensamente de ser internacionales –para producir una mercancía del gusto de todos– que no atraen a nadie. (A propósito, la *Biblia*, especialmente el *Génesis*, abunda en cuentos infantiles, y todos ellos son cortos, claros, profundamente enraizados en su tiempo y suelo. Esta es la razón de su universalidad).

Sin folclore y profundas raíces en un suelo específico, la literatura se debilitará y se marchitará. Esto es válido para la literatura de todos los tiempos. Afortunadamente la literatura infantil está, aún ahora, más arraigada en el folclore que en la literatura para adultos. Y esta sola razón hace que la literatura infantil tenga tanta importancia en nuestra generación.

Algunos escritores se sientan a escribir un libro no porque les guste la historia que van a contar, sino porque están encantados con el mensaje que transmite. En nuestros días, como en otras épocas, no hay carencia de mensajes. Si desaparecieran todos los mensajes y sólo quedaran los Diez Mandamientos, tendríamos aún suficientes mensajes para el presente y el futuro. Nuestro problema no es que no tengamos suficientes mensajes, sino que nos negamos a cumplirlos y practicarlos.

El autor que escribe una mala novela, cuyo mensaje es la paz y la igualdad y otras virtudes por el estilo, no nos está haciendo un gran favor. Es algo que ya conocemos y que continuaremos leyendo en los editoria-

“Los niños, por naturaleza, se inclinan al misticismo. Creen en Dios, en el demonio, en los buenos y en los malos espíritus, y en todas las formas de magia. No obstante, exigen que una historia tenga auténtica consistencia”

les de los periódicos, oyendo en los sermones e, incluso, a los diplomáticos de las naciones más agresivas. Existe una multitud de escritores cuya única pretensión en la literatura es estar en el sitio correcto y que sus mensajes sean precisos.

La literatura necesita narraciones bien construidas e imaginativas, no mensajes añejos, pues, cuando un cuento tiene calidad, su mensaje, aunque no sea evidente, será descubierto, tarde o temprano, por los lectores o los críticos. Todavía no sé cuál era el mensaje de Tolstoi en *Guerra y paz*, pero aun así es un gran libro. Un cuento auténtico puede tener muchas interpretaciones, docenas de mensajes, montañas de comentarios. Los hechos nunca se añejan; con frecuencia, los comentarios suelen estar añejos desde el primer momento.

Cuando era niño, me gustaba que me contaran los mismos cuentos que habían escuchado mi padre y mis abuelos. Los niños de mi época no leían cuentos sobre patitos que se caían en la olla de la sopa, reapareciendo convertidos en ranas de arcilla. Preferíamos las historias de Adán y Eva, el diluvio, el pueblo que construyó la Torre de Babel, las aventuras divinas de Abraham, Isaac, Jacob, José. Nos enseñaban que jamás debíamos confiar ciegamente en cualquier forma de autoridad. Tratábamos de encontrar motivaciones y coherencia en las leyes de Dios y sus Mandamientos. Pienso a menudo que gran parte de los males que hoy ocurren son el resultado de los materiales podridos que las generaciones modernas leen en sus años escolares.

Desde que comencé a escribir para niños, he conversado con muchos de ellos, les he leído cuentos (aunque mi pronunciación esté lejos de ser perfecta) y respondido a cientos de preguntas. Siempre me sorprende de que, llega-

do el momento de hacer preguntas, los niños tienen la misma curiosidad que los adultos: ¿Dónde saca la idea de un libro? ¿Es inventado o de la vida real? ¿Cuánto tarda en escribir un libro? ¿Utiliza los cuentos que le contaron su madre y su padre?

Por muy pequeños que sean, los niños se sienten profundamente preocupados por las denominadas preguntas eternas: ¿Quién creó el mundo? ¿Quién hizo la tierra, el cielo, las personas, los animales? Los niños no pueden imaginarse ni el comienzo ni el fin del tiempo y del espacio. De niño, hacía las mismas preguntas que más tarde encontré analizadas en las obras de Platón, Aristóteles, Spinoza, Leibniz, Hume, Kant y Schopenhauer. Los niños piensan y reflexionan sobre temas como la justicia, el sentido de la vida, la razón del sufrimiento. A menudo les cuesta aprobar la idea de que se sacrifiquen animales para que el hombre se los coma. La muerte los asombra y asusta. No pueden aceptar el hecho de que los fuertes se impongan a los débiles.

Muchos adultos han llegado a la conclusión de que hacer preguntas no tienen sentido y que hay que aceptar las cosas como son. En cambio el niño es a menudo un filósofo y busca a Dios. Es ésta una de las razones por las que siempre les sugiero que lean la *Biblia*. No responde a todas las preguntas pero sí que las trata. Nos dice que hay un Dios, creador del Cielo y de la Tierra. Condena a Caín por el asesinato de Abel. Nos dice que los perversos serán castigados y que los justos, aunque sufran mucho, son amados y recompensados por el Todopoderoso.

Si estuviera a mi alcance, publicaría una historia de la filosofía para niños, en la que transmitiría en lenguaje sencillo las ideas básicas de los filósofos. Los niños, que son personas sumamente serias, leerían este libro con gran interés. En nuestros días, en los que la literatura adulta se deteriora, los buenos libros infantiles constituyen la única esperanza, el único refugio. Muchos adultos leen y disfrutan los libros infantiles. No escribimos sólo para los niños, sino asimismo para sus padres. También ellos son niños serios. ☺

Tomado de: *Cuentos para niños*. Madrid: Anaya, 2004 (1984, Ed. original)

"(...) Gran parte de los males que hoy ocurren son el resultado de los materiales podridos que las generaciones modernas leen en sus años escolares"

Grégoire Solotareff.
Cuentos de invierno.
Anaya, 2004

